

14. Cárcel Nacional de Mujeres

Al amanecer del mismo día que iban a trasladar a las veinte presas con sus hijos de la prisión provisional del Kursaal a la Cárcel Nacional de Saturrarán, una camioneta con media docena de falangistas llegó ruidosa. Los individuos de camisa azul exigieron que les entregaran a las presas, ellos se ocuparían. Los soldados que las custodiaban habían oído de las barbaridades que algunos de estos grupos eran capaces de hacer con los prisioneros, no eran solo jóvenes idealistas, había también delincuentes y matones que hallaron bajo la camisa azul el permiso para matar, robar, violar... *Por Dios, España y la Revolución Nacional Sindicalista.*

El teniente se negó a entregar las presas custodiadas bajo su responsabilidad y a punto estuvieron de enfrentarse entre ellos. El vocerío y las amenazas llegaron hasta los oídos de las horrorizadas condenadas y temblorosas se acurrucaron en el fondo de la celda rezando para que los soldados nacionales ganaran esa ínfima pero trascendental batalla; quién les iba a decir que un día estarían apoyando a los rebeldes. A las pocas horas y casi precipitadamente, organizaron el traslado a su nueva cárcel; la provisional ya no era segura.

Teniendo a sus hijos en brazos y al lado el hatillo con sus pocas cosas, permanecían dentro de la estación, en el suelo de una salita, al fondo del edificio. Se protegían del frío, arrejuntadas entre ellas.

—¡Amalia! —Era una voz familiar.

—¡Mentxu! ¡Mentxu! —contestó sorprendida y emocionada levantándose del suelo como un resorte con Lucas en brazos.

Impetuosamente pretendió acercarse a su hermana cuando los soldados le cerraron el paso con firmeza. La ilusión le había hecho olvidar que estaba presa. Sus ojos se iluminaron cuando descubrió a su madre que, incontrolada, alargaba sus brazos entre los fusiles de los militares para acariciar a su nieto.

El joven oficial que acompañaba a su familia habló, en un aparte, con el teniente quien custodiaba el grupo señalando con la mirada a su desconocida y coyuntural cuñada. El jefe de la expedición ordenó a sus soldados con un gesto que relajaran su presión y permitieron un largo y amoroso abrazo entre madre e hija, mientras su hermana mayor, emocionada, hacía carantoñas al bebé. Casi sin romper el círculo que los soldados habían compuesto alrededor de las reclusas, la familia que se reencontraba pudo besarse, abrazarse, llorar, mirarse, tocarse...

—¿Y Padre? —preguntó Amalia.

—No ha podido venir, últimamente está pachucho —se apresuró a aclarar su hermana. Madre tenía los ojos demasiado brillantes, pero su hija no quiso percatarse de ello, su inconsciente se lo impidió.

A borbotones, unas y otra se animaban, seguían asegurando que esta pesadilla terminaría muy pronto, callaban, se besaban y se miraban, el niño pasaba de brazo en brazo. Nadie subrayó lo envejecida que estaba la abuela, ni el deterioro de Amalia, solo era visible el bellezón de Mentxu, cuando su hermana lo dijo con admiración ella hizo un imperceptible gesto hacia el oficial que, prudentemente, había quedado atrás.

—Aquí tienes, hija, ropa para Lucas y para ti. Leche, queso, chorizo y bacalao. Te llevaremos más, tranquila. —Maritxu ya no podía con tanta emoción y tristeza de ver así a su hija y nieto.

Ya en el tren de hierro y madera, Amalia abrió el paquete cubierto con papel de estraza y atado con varias cuerdas diferentes anudadas entre sí. Sacó el chorizo, queso y pan y lo repartió entre sus compañeras con las que, en tan poco tiempo de cautiverio y temor, había creado unos entrañables lazos solidarios. Comieron todo cuanto quisieron, algunas no dejaron de dar el pecho a su bebé como si lo que les alimentaba se transformara inmediatamente en leche. En su corto cautiverio habían ya aprendido a aprovechar cada oportunidad para recuperarse, comiendo lo que tuvieran o descansando, el después era una incógnita.

El tren había descargado la mercancía humana en una desolada estación de pueblo, apenas iluminada. La camioneta, cubierta por un toldo, que les transportaba al desconocido destino, se movía entre baches y curvas maltratando al rebaño, muchas se marearon. Los soldados las miraban con cierta compasión, como si conocieran su final. Otro gran bache agitó el género rellenando los huecos, solo lloraban algunos niños, los demás ya se habían vaciado.

Era noche oscura cuando llegaron, distinguieron varios pabellones a través del sirimiri y la calima de la mar al fondo. Las llevaron a una gran sala de paredes desconchadas con olor a humedad y cerrado, unas pocas bombillas desnudas y tibias colgaban del techo. En fila de a una fueron cacheadas minuciosamente por una monja hombruna, con hábito y toca blanca, les palpaba los pechos, el refajo y la entrepierna sin ningún pudor. Luego metía sus manazas

desnudas por las toquillas y ropas de los niños, y finalmente por el hatillo. En una mesa de mármol se amontonaban todo lo encontrado, sobre todo la comida que algunas llevaban.

—Lehenago jan izango bagendu²⁸ —se oyó decir.

Otra monja repartía a cada reclusa cacheada, una manta marrón y áspera. Se quedaron con la ropa y los zapatos que trajeron puestos. Todo el complejo estaba en silencio, mudo y tenebroso.

Les llevaron, en la oscuridad y bajo la fina lluvia, a otro edificio donde estaban las viejas cocinas, y en una sala, que tal vez fuera comedor, tuvieron que sentarse en el suelo contra la pared. No había ni muebles.

—O no hay nadie o somos las primeras —se atrevió a decir una reclusa.

—¡Silencio! No se puede hablar. Solamente en los recreos —advirtió la monja que pululaba alrededor y, como prueba de que iba en serio, le retiró a la osada el platillo metálico donde estaba cenando una tibia sopa de lentejas.

Cuando hubieron terminado fueron a otra gran estancia mal iluminada, el frío y la humedad estaban presentes en cada esquina. Las madres no soltaban a sus crías en ningún momento, como si fueran un apéndice de ellas mismas.

—Hoy os arreglaréis aquí. Mañana traerán los colchones. Y sin rechistar —aclaró la que parecía la jefa de las cuarteras antes de que alguien osara hablar.

Nadie protestó, tenían mucho miedo y pena, pero el bloque solidario ya funcionaba. Extendieron por el suelo parte de las mantas a modo de colchón y el resto por encima de todas ellas y de los niños. Durmieron juntas, pasándose el calor, quitándose el

28 Si hubiésemos comido antes.

frío y la amargura. Habían podido ir a unas letrinas abandonadas antes de intentar dormir, pero luego tuvieron que hacer sus necesidades en unos baldes colocados en la esquina opuesta. Despertaron juntas, pegadas, cuchicheando palabras de ánimo. Estaban vivas y deberían seguir estándolo por sus hijos. Les dieron a cada una para desayunar una onza de chocolate arenoso y un bollo de pan advirtiéndoles que era para todo el día. Unas pocas quedaron al cuidado de los niños mientras que el resto tuvieron que barrer todo el pabellón donde estaban, con varios cristales rotos, ventanas que no encajaban, paredes desconchadas, suelos húmedos y techos dudosos. Lo peor eran las ratas enormes y descaradas que miraban retadoras a las nuevas inquilinas, era el pabellón de las mujeres con hijos. Un privilegio enorme ya que el resto de las presas, según llegaban, tenían que pasar varios días en una celda de aislamiento, sin equipaje ni colchón, solo con lo que llevaban puesto, vigiladas a través de una mirilla para comprobar que no fueran revoltosas.

Amalia tenía que sobrevivir, su hijo Lucas la necesitaba. Al cabo de unos días, tal vez una semana, despertó de un largo letargo y, como si hubiera estado en *shock* desde que la detuvieron, analizó cuál era su situación: estaba presa con su hijo, pero no condenada a muerte, un día saldrían de su cautiverio si superaban el hambre, las enfermedades y el maltrato. Estaban vivos y deberían seguir estándolo, tenía que luchar a diario, debía ser más fuerte que nunca. Se sentía arropada por sus compañeras y sabía que su familia estaba cerca. Había tomado la decisión de superar a la muerte que les rodeaba y acechaba.

En las semanas siguientes hubo una incesante descarga de nuevas prisioneras que llegaban de todos

los puntos de España a medida que los nacionales conquistaban más terreno, y también de otras prisiones saturadas. Las mujeres de los republicanos iban a pagar por los pecados de sus maridos rojos.

Aquellos edificios, que un día fueron hoteles de lujo, seminario y cuarteles, se iban rellenando de condenadas para convertirse en cárcel nacional de mujeres. En el antiguo Gran Hotel, que estaba más cerca del mar, se habilitaron las cocinas, comedores y residencia de las monjas Mercedarias –sus carcele-ras–, además de otras dependencias más funcionales como las celdas de castigo en el sótano, debajo del nivel del mar, que con la marea alta se inundaban hasta treinta centímetros.

En los otros pabellones ubicaban a las reclusas clasificadas como las mayores, las madres con sus hijos y el resto. Llegaron a residir hasta 1.700 cautivas, aunque la capacidad oficial era de 500 reclusas. La casi totalidad eran presas políticas, algunas supuestamente activistas, otras muchas denunciadas por rojas y la mayoría por los pecados de sus maridos, padres y hermanos.

Las condiciones higiénicas eran pésimas, un mal váter por cada ochenta personas, que se utilizaba en horas determinadas, y en el resto del día usaban cubos de zinc. El caldero de agua servía igual para fregar platos que para lavarse en el riachuelo, al que iban a parar también las aguas sucias. Allí hacían la colada y se aseaban. Las ratas campaban a sus anchas.

La comida era aún peor: un pan al día por persona, una onza de chocolate arenoso de desayuno, para comer caldo con patatas y lentejas aguadas para cenar. Esto en las mejores circunstancias. Las monjas supieron negociar con la miseria traficando con la leche, la carne, el azúcar..., destinados

al penal, vendiéndolo en el mercado negro o en el propio economato de la prisión para beneficio de sus obras sociales.

La supervivencia, para algunas, fue posible gracias a los paquetes de comida, cuando no eran requisados por las monjas, que fueron llevados por familiares, vecinos fraternales y, sobre todo, la solidaridad del pueblo de Ondarroa, que observaba con horror el maltrato a que estaban sometidas las presas. Los pescadores de la localidad vecina salieron, un día de mala mar, a pescar y llevaron todas sus capturas a las reclusas, tal era su percepción de lo que ocurría en la cárcel.

Amalia tuvo suerte, o tal vez le ayudó la influencia de su hermana en el ámbito castrense, de trabajar en la cocina. Aunque estaban muy vigiladas por las monjas, cuyo celo para castigar era implacable, de vez en cuando lograba mordisquear alguna patata cruda mientras la pelaba o tragar trozos de zanahoria, mordidos en un descuido. Uno de los trucos consistía en mondar las patatas con generosidad, de manera que luego, recuperadas de la basura, las cocían. Lucas y otros niños lo mamaban después.

Esas condiciones higiénicas y la malnutrición hicieron estragos: diarreas, parásitos, infecciones, sarampión, neumonía, gripe, bronquitis..., además del adelgazamiento extremo, el envejecimiento y los trastornos mentales. Fallecieron, o las mataron, más de 160 mujeres y 57 niños.

—Otra más —dijo una veterana a Amalia cuando, estando en misa, se oyó el golpe seco de un cuerpo descoyuntado que se desplomó en el suelo de la capilla. Así iban cayendo, agotadas por inanición y enfermedades.

Ni las fiebres muy altas, ni las llagas abiertas, ni los mareos constantes..., eran suficiente motivo para ingresar en la enfermería, lo evitaban a toda costa, nadie quería ir. La causa era que no volvían, la puerta no tenía retorno, el médico nada podía hacer por aquello que *estaba de Dios. Si el Señor así lo quiere...* Se atrevían a cuchichear las discípulas de la Pantera Blanca, la superiora de las carceleras.

A las fallecidas las depositaban en cajas rudimentarias que guardaban en una sala junto a la capilla, hasta que en un carro tirado por un burro las llevaban a enterrar al vecino pueblo de Motrico. A veces se acumularon varios niños muertos a causa de una epidemia de tífus o una pertinaz escasez de alimentos de dudoso origen, entonces ponían dos cadáveres compartiendo la caja para economizar las valiosas tablas de madera. Tal vez fueran las mismas en las que el ejército nacional recibía las armas y municiones embaladas y marcadas con una esvástica, o servían para hacer las cajas de pescado que usaban Krispín y Locuras. Eran un bien muypreciado y no todos podían disponer de un féretro para ellos solos, aunque fuera tan rudimentario.